

De dónde viene la costumbre



DE DÓNDE VIENE LA COSTUMBRE

MARIE GOUIRIC



PLA//ON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN EN PLASSON E BARTLEBOOM: septiembre de 2025

PRIMERA EDICIÓN EN ARGENTINA: septiembre de 2019

© del texto, Marie Gouiric, 2025

© Plasson e Bartleboom, S. L., 2025

Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD

28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-22-4

DEPÓSITO LEGAL: M-15102-2025

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira

IMAGEN DE CUBIERTA: *C #54-136 (Giorgione 19, Codex, 1964 / The
Batsford Colour Book of Roses, 1962)*, Rosana Schoijett

MAQUETACIÓN: María O'Shea

CORRECCIÓN: Estela Gómez

IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

LA RAMA SE CORTÓ y juntas se desplomaron sobre la tierra. La rama siguió sujeta a la soga y la soga sujeta al cuello. Quien desobedeció fue el árbol que soltó la rama, y con ella la soga, y con la soga el cuerpo. Antes de desmayarse y abandonar la sequedad de la tierra, vio los yuyos moverse: un oleaje cálido y parejo con el viento suave de marzo. Cerró los ojos.

Fue su hermano quien la encontró cuando salió al patio a espantar con el rifle de aire comprimido las palomas que ensuciaban las canaletas. El padre llamó a la ambulancia. Tuvimos un problema en la familia, mi hija.

Estaba bien gracias a la rama venida a menos por el castigo del viento. Su suerte había sido la mala suerte de la ciudad, que le decían la tierra del diablo por lo seca, por lo infértil.

Lo primero que hizo el padre fue salir con un hacha a darle al árbol. Él era de nombre Ismael. Pasó horas pegándole, y apenas consiguió lastimar a la bestia de madera que comenzó a quejarse con un poco de savia y a llorar la coyuntura debajo de su corteza. Pasado el atardecer, su mujer salió al patio a pedirle que entrara, que le dejara tranquilo. Recién a la noche tarde lo venció el cansancio. Me rindo, avisó a su mujer, mañana voy a llamar que lo vengán a cortar. No lo quiero más en esta casa.

Cuando un perro muerde a su dueño, se lo lleva al medio del monte y se lo sacrifica. Sacrificio es una palabra dolorosa, desde su sonoridad ya muestra lo que acarrea. Lo que no queda en claro es quién hace el sacrificio: si el perro que muere para ya no arriesgarse a lastimar, o su dueño que lo abre de un balazo.

Llamó a la escuela. Tuvimos un problema en la familia, mi hija.

La devolvieron a la casa después de estar dos días internada, por las dudas. La diagnosticaron con depresión y le dieron tomar paroxetina de 20 mg, pregabalina de 50 mg, aripiprazol de 5 mg y clonazepam, 4 gotas antes de dormir y dos en momentos de angustia. La medicación la tenía la madre, en el ropero bajo llave. Se la daba en dosis justas todas las noches.

Las dos gotas para momentos de angustia no se las ofrecía, por falta de hacer diferencia entre momentos. Cuando sentía un apagón, pensaba: ¿Será algo como esto, será? Ante la duda, servía las dos gotas en una cuchara y se las llevaba a su propia boca como un jarabe para la tos.

Vivían en una casa de dos piezas. La de los hijos era grande, por eso la habían dividido con un ropero para que de un lado quedaran mujeres y del otro varones. En cada mitad había una cama cucheta. La hija era de nombre Melisa y gustaba más de pasar tiempo con los varones, casi de su edad pero menores, a con la Lore que era mayor que ella. Se mudaba a la cama del Manuel y dormían pies con cabezas. Hacían trueques de masajes: el Manuel a los pies de la Meli y ella a los de él. En la cama de arriba dormía el Mauro. Llegaban los tres al sueño contando cuentos que la Meli detenía en su cabeza. Historias de feudos y castillos, batallas enormes que inventaba con lo que tomaba de las películas, los libros de la escuela y lo que suponía del mundo.

Desde la dirección de la escuela, a la profesora Ester la sacaron del aula con misterio. Sentada detrás del escritorio esperaba la directora, para conversar con estas palabras: se cortó la rama, se salvó pero. Que no pierda el año.

La pregabalina adormece el sistema nervioso central, se receta para apaciguar los impulsos violentos, la ansiedad y los dolores causados por la tensión. Produce somnolencia, pérdida de memoria, fatiga y visión borrosa. La paroxetina estimula la producción de serotonina, sustancia química que produce todo bienestar y felicidad. El aripiprazol, antipsicótico, se da en dosis mínimas para reforzar la paroxetina. Por último el clonazepam, que el primer tiempo sirve como un paliativo, mientras la paroxetina comienza a trabajar su efecto.

Eran los únicos en la ciudad ventosa con ese apellido, Desbats. El resto de los Desbats vivían en el Conurbano y en San Juan. Andaría por ahí alguno suelto, también. El de la madre a los hijos no se lo habían dado. Soledad de apellido.

Había dos oportunidades de entrar bajo ese techo. La primera era por la dirección que figuraba en los documentos y daba a la calle. Una entrada que continuaba a un pasillo largo que arrojaba la vivienda al corazón de manzana. Por el fondo pasaba una vía. Ahí andaba un tren carguero que descargaba girasol en una oleaginosa. El padre hizo invento de la segunda forma: tiró abajo la pared que los separaba de la vía, puso un portón y un alambrado de red, con intención de guardar los autos. También de que los hijos pudieran jugar entre yuyos y tamariscos. Su mujer tomar mate.

Algunas noches cuando dormían, llegaba el sonido silencioso del mastodonte carguero a interrumpir el sueño a la Meli. Le gustaba el arrullo del balanceo de la bestia de metal y el silencio que dejaba al detenerse. Se despertaba y seguía durmiendo con alegría.

Ester los visitó con los trabajos prácticos y las fotocopias que Melisa iba a tener que leer en las seis horas que permanecía despierta con lucidez. La medicación le hacía sueño. Se sentaron frente a la maestra. ¿Usted la va a ayudarnos? La madre lloraba sobre la yerba del mate.

Años antes a la rama, le pidió a la madre un vestido. Fueron al centro a buscarlo, quería que fuera igual a uno que había visto en una novela en la televisión: un jumper largo a cuadritos, con el canesú debajo del pecho y bastante vuelo de la falda como para saltar y bailar. Enseguida lo encontraron en un negocio que se llamaba Chicos y costaba 35. La madre lo miró bien, lo dio vuelta, se lo midió, acarició los botones y dio las gracias al vendedor. Es mucho. Entonces entraron a la casa de telas y buscaron una parecida. Mirá, acariciala. Acarició. La madre también acarició. Suave y color ladrillo, con líneas manteca que formaban cuadrados. Compraron hilo y botones, grandes como pequeños platos, ladrillo también. La madre cosió el vestido, que parecía igual al del negocio. Todavía más lindo, pensaba la Meli cada vez que lo usaba para los cumpleaños o la iglesia.

El período de toma del clonazepam es de un mes para asegurarse que la paroxetina ya esté trabajando. El clonazepam se deja de a poco, se pasa de cuatro gotas a dos, de dos a una y de una a ninguna. Produce dependencia. La paroxetina es de mínimo un año y se retira de a poco también. Se pasa de 20 mg a 10, de 10 a 5 y de 5 a hacerla desaparecer. Si después de retirarla hay una recaída se la vuelve a tomar por dos años más y se prueba retirarla de nuevo. La pregabalina es más relajada, se la puede dejar de tomar y listo.

Cuando chicas, la Meli con su hermana vieron a unos vecinos cazar mariposas con un ramillete de rama de tamarisco. La rama del tamarisco es tan pero tan flexible que cae sobre

el animal, lo atrapa entre sus hojas pero no lo lastima. Ni lo mata, ni lo deja manco. Les copiaron y pasaron toda la tarde intentándolo. Solo consiguieron pegar una. La falta de velocidad las movía despacio. Distintos los varones, llenaron un frasco. ¡Espacias, son unas espacias! Se reían. Somos buenas, no queremos lastimar.

Cuando llegó el final de la tarde, los varones dieron vuelta su frasco sobre la tierra, lo levantaron y aprovecharon el ton-
tono que tenían las mariposas para pisotearlas hasta creerlas muertas. Las nenas quedaron sorpresas. Mejor espacias, y se agacharon a buscar entre los pequeños cadáveres de colores alguna sobreviviente. Una blanca aleteaba. La unieron a la de ellas, también blanca, en su tarro de dulce y corrieron hasta la casa. Entraron a la cocina, le mostraron a la madre que, brava, les mandó liberar. ¡Eso no se hace! y les dio de a coscorrones. Asustadas volvieron a las vías, el sol caía naranja sobre los silos de chapa. Las nenas dieron vuelta el vidrio forjado y abandonaron a las dos mariposas blancas que, atontadas y moribundas, quedaron quietas sobre el pasto.

Lo mejor para Melisa sería cumplir lo mínimo de la escuela, para no perder el año, enseñó Ester. Entonces, cuando no estudiaba la madre le retaba. ¿Querés perder el año, querés perder? Y ella le hacía qué me importa con los hombros.

El padre tenía perros de caza, para ir al monte a pegar chanco jabalí. El Oso y el Lobo, que se los robaron. Un galgo, también tuvo. Un día le dieron una cachorríta. Para la cacería las hembras son más rápidas. Los hijos se peleaban por elegir nombre. Ahí que Ismael decidió hacer un sorteo. Salió Perro Grande, idea del Mauro. Ninguno acreditaba la burrez de la criatura. Ahí que el padre mandó llamarla Perra Chiquita, y acomodó el desastre.

La Meli se la pasaba con la Chiquita encima. Un día la perra hizo pis dentro de la casa. La madre se sacó la chancleta, le dio, la revoleó al patio y cerró la puerta. Un animal lloraba del lado de afuera y otro del lado de adentro. Pedía por favor no. El de adentro era su hija. Entonces la madre agarró del hombro a la criatura que le había quedado sin echar y la empujó también. ¡Vos afuera vos!

Acostó la Chiquita sobre sus piernas y esperaron juntas hasta que la madre olvidó el enojo y pudieron volver a entrar. La madre era de nombre Elena.

A los pocos meses Chiquita enfermó. La cuidaron unos días entre pulóveres viejos con perfume a querosén. Mocos en el hocico, pus en los ojos y temperatura alta. Los hijos pasaban el día cerca de ella. Por momentos los distraía la televisión. Hasta que llegó el padre de la fábrica y su mujer le avisó que la cachorra ni había comido, se la había pasado echada. Viendo los hijos tocarla, levantó el animal que de tan enfermo parecía triste. Él también entristeció. Salió por la vía con el animal abrazado en un buzo estropeado por el uso pero más por el tiempo. No me sigan, mandó.

Anduvo calzado con el arma en el bolsillo, pero cuando se vio abajo de la luna en medio de yuyos y tamariscos, supo que no valía falta gastar una bala para la hembra pequeña. Tan mansa va a ser. Entonces, usó el mismo buzo que la abrigaba para amortiguar la presión de su mano sobre el hocico frío. Apretó y casi no sintió forcejeo, solo un pequeño aullido. La envolvió toda entera y la subió al tren, que se la lleve. El tren estacionado esperaba volver al campo a ser cargado con girasol. Enterrarla no convenía, los perros más grandes sienten el olor muerto y lo desentierran.

Mientras volvía a la casa la imaginó adulta, corriendo a la par de los otros. Acorralando al chanco en el monte hasta conseguir

que se eche, rendido por las balas a esperar el cuchillo. Murió chiquita, pensó, ¿será su nombre que la mal dicho?

Entró a la casa, reunió los hijos con la esposa. Contó que la cachorra había muerto de moquillo. Lloraron. Entonces la Meli recordó cómo Elena le daba trato: ¡Vos no la querías! Sentida, la madre comenzó a llorar. No hagas caso, que la tristeza es que la confunde, concilió el marido.

Los médicos y Ester, insistieron que lo bueno para la Meli sería hacer un arte. Elena compró un teclado casio modelo CTK 418, a 400 y llamó a una profesora de piano que le recomendaron en la iglesia. Ella se llamaba Victoria Suveldía. Iba a domicilio. El primer día que fue era un jueves y quedaron para todos los jueves por 30 al mes.

Llegó con un conjunto de pantalón palazzo y camisa estampados de fibrana y zapatillas deportivas. Tocó unas canciones cristianas y las cantó. Mientras cantaba la madre lloraba sobre el mate. Después Victoria le puso con cinta las notas escritas en el teclado y le enseñó a la Meli una música fácil y navideña. Cuando se fue, le agarró la mano, le miró el dedo donde tenía una gomita por anillo y le hizo promesa: te voy a traer uno.

Volvió y lo primero que hizo cuando se sentó a la mesa de fórmica fue sacar un anillito del bolsillo. Era de plata, con un adorno de dos hojitas colgando lado a lado y un strass verde en el centro. Te traje, le sonrió y la Meli sonrió también mientras se lo pasaba de dedo en dedo, para ver en cuál le quedaba. Ese día la madre pidió a Victoria que enseñara piano a sus otros hijos también. Lo había conversado con su marido y le parecía bien. Le respondió que para ella era lo mismo, si uno, dos o cuatro. Total, iba y enseñaba.

Ismael muy bichero, para matarlos o dejarlos vivos, les tenía adoración. Cuidaba cardenales y cabecitas negras, que colgaba

bajo el techo de chapa lindero a la vía. Consiguió bolsas de hilo que hicieran de nido para las aves en cautiverio. Ahí ponían huevos los cardenales que juntaba, macho y hembra, en la misma jaula para que se aparearan. Los pájaros ponían, pero los huevos no se fecundaban. Era difícil por el cautiverio, le explicaban en la forrajería, pero igual intentaba. Total, qué perdía. Un día le regaló a la Meli dos huevos. Si los cuidó, ¿nacían?

Nacían. Tenía siete años, vació su cartuchera, puso un pañuelo dentro y recostó los huevos lo más despacio que pudo. Los miraba, los tocaba con suavidad, los movía. Soñaba cómo serían y los nombres que les pondría: Titila, Sabrina, Cecilia, Flor. Café con leche, por su color, aunque serían rubios si se parecían a su madre y entonces se llamarían Patito o Solcito. Horas después, el calor explotó uno de los huevos. Al instante el otro quebró en sus manos. Llorando la gallina infértil fue hasta su padre. Mentiste.

En es el orden de los hermanos: la Lorena, el Mauro, la Melisa y el Manuel. Los dos primeros son más parecidos entre ellos de cara y piel blanca. A su vez ellos dos más parecidos al padre. La Meli y el Manu son más parecidos entre ellos: piel trigueña, pestañas largas. A su vez ellos dos más parecidos a la madre. Los cuatro con cabello muy crespo y duro, parte del padre.

Hacía calor y sentaron a la mesa para almorzar. Habían perdido costumbre de conversar en familia desde que pusieron el cable y dejaron la televisión prendida. El padre antes no lo permitía, pero se sintió cansado y aflojó. Retomó enviación cuando pasó lo de la rama, pidió que apaguen el tele, la mesa era el momento de conversar. El ventilador no daba abasto contra el aire caliente que entraba desde afuera y la furia de la chapa bajo el sol. En la mesa estaban servidos distintos platos: tomates en rodajas con orégano, acelga hervida y arroz frío con mayonesa.

Nadie hablaba. ¿Por qué tenés ese pantalón? Es un asco, hace calor. Marcó la Lore a su hermana.

Tenía un palazzo que le quedaba chico, desde los diez años lo tenía cuando se lo cosió Elena y ahora lo usaba de entrecasa. Se le marcaban las piernas, la cola dura, el vientre chato. La madre acordó con que hacía calor, que se pusiera otra cosa, una ropa corta. Y la hermana insistió que era un asco con ese calor. Y el ponete otra cosa se enredó con el asco y el calor. Un barullo que levantó volumen hasta que la Meli silenció: no tengo. Se paró de la mesa y pegó una tijera, en medio de todos callados, a ver qué hacía. Sentada de vuelta, con las piernas abiertas, comenzó a cortar el pantalón a la altura de las rodillas. La hermana, aturrida, cazó el silencio en el aire y lanzó cataratas de berrinches sobre la locura. La madre pidió por calma, que se lo sacara al menos, se podía lastimar. Caso no hizo.

A la tarde llegó Victoria, la Meli andaba en patas con todo el pantalón cortarrajeado un poco más arriba de la rodilla. Victoria la miró detenida y le pidió que se diera vuelta para medirla mejor. Después la tijera. Con cuidado le cortó las hilachas, se lo emparejó un poco.

Los hijos siempre gustaron de jugar con los otros del barrio. Se la pasaban todo el día en la calle. Dejaban sola a la madre, no servían para compañía. Tenerlos adentro era insoportable, tenerlos afuera también. En esas tardes el padre daba permisos por una hora, por dos o hasta que baje el sol. Dependía del ánimo. Hubo una vez en que la Meli se pasó de la hora que tenía aprobada para andar en la casa de la vecina. Volvió y encontró al padre agachado, destapando la cloaca. Sin sacar los ojos de su asunto, la mandó que pregunte a su madre. Elena la devolvió al padre, que él diga por sí o por no, que ella qué sabía. La Meli volvió al padre. Este mandó que no. La Meli insistió. Que no.

Insistió. Entonces el padre dejó su asunto. Se limpió las manos con un trapo, la agarró del brazo, la arrastró hasta la puerta de la primera entrada y la empujó. Si tanto te gusta: ¡A vivir con ellos!

Quedó llorando del lado de afuera. Perdón y por favor todo mezclado. Imaginó ir hasta lo de la vecina, contar lo sucedido y pedir vivir ahí. También pensó trepar la puerta y entrar lo mismo. Quién sabe cuánto pasó, pero fue un tiempo hasta que el padre le abrió la puerta. Pasó. Le ofreció que si quería ir que ande, pero ella no quiso.

Pasó una vez que fue el Mauro quien no volvía. Bajó el sol, se hizo oscuro. La madre salió con las nenas a buscarlo por el barrio. No aparecía, nadie lo había visto. Coincidió que la madre de la Sandra no sabía nada de su nena, pero no la buscaba. Alarmadas siguieron preguntando por las cuadras. Lo encontraron muy de noche, entre los tamariscos con la Sandra, pensando acampar ahí. Habían moldeado las ramas con forma de cueva, tenían cachivaches que habían juntado de andar todo el día vagueando. Las tres se pusieron contentas: la madre levantó al Mauro y lo llevó a la casa en brazos, mientras las hermanas cantaban que eran novios, se iban a casar.

Sería una fecha especial, que Elena compró un anillo a cada hija. Simples, como un nudito de bronce con un brillo modesto. A los días, mientras miraban televisión, dibujitos o una película, la Lore cazó de los pelos a la Meli para que le dejara cambiar de canal. La dejó y, pasado un rato, caminó al baño y agarró el anillo que su hermana mayor guardaba en el botiquín. Lo miró dormir sobre su palma abierta: un nudo de brillo modesto un poco más grande que el suyo. Fue hasta la vía y lo lanzó liviano al descampado. Un dolor se apoderó de ella: ¿Qué había hecho? Pobreza. Volvió adentro, buscó a su madre en la cocina y se confesó. ¡Buscalo, andá y buscalo! La Meli caminó con la cara

pegada al suelo por donde sintió caer el anillo. Yuyos, cardos, piedras y ortigas. Presentada la noche, oscuridad de la vía, poca luz de luna y de faroles, hizo imposible seguir la búsqueda. Se rindió. Entró a la casa, buscó su anillo, volvió a la vía, cerró sus ojos y lo lanzó también.